

## LA FOTO

Cuando entré en casa del abuelo me lo encontré en la misma postura de siempre, es decir, sentado en el sofá fumando un puro mirando a la ventana y con Pispitas, la vieja perra que siempre me confundía con su comida, a sus pies. No se dio cuenta de mi presencia hasta que me senté en el sillón, que como es muy viejo y tiene un muelle roto hace mucho ruido. No me dijo nada, y yo tampoco abrí la boca ya que el abuelo nunca tenía ganas de hablar, y hablar con él era como hablar con una pared.

Hoy era verano, y en la sala hacía un calor sofocante, que se acentuaba con el olor del puro del abuelo. Además, el abuelo nunca le gusta abrir la ventana, ya que la vecina tenía un gato y Pispitas se ponía hecha una furia, y al abuelo no le apetecía mucho calmar a una perra rabiosa.

El abuelo y la vecina no se llevan bien. La vecina siempre dice que Pispitas es un chuchito asqueroso, entonces el abuelo dice que no es verdad y se enfada, y que es hembra, y la vecina se ponía hecha una furia por no hablar del abuelo. Una vez los vecinos llamaron a la policía.

Miré al abuelo. No hablaba desde que murió la abuela hace dos años. Pero ese día sí habló.

-Vete-dijo.

Yo estaba muy asombrada, pues no me acordaba de como era su voz. Era muy ronca supongo que por

los pueros )y grave.

-Dile a tu madre que no necesito que me cuide una cría a la que saco ochenta años. -

El tenía 93.

Tras decir esto, volvió a fumar su puro y a mirar por la ventana.

Yo decidí irme. Además, tenía que llegar pronto a casa o mamá se preocuparía. El resto del día no merece la pena escribirlo. Solo me derretí en el sofá, viendo la tele y con el ventilador al lado. Lo que sí merece la pena escribir es que al día siguiente el abuelo murió, lo encontraron sentado en la postura de siempre, y, como no, con un puro en los dedos. Yo acompañé a mamá a casa del abuelo. Me acuerdo que mamá lloraba desconsoladamente, y yo fui a la habitación del abuelo. Era la primera vez que entraba, pues Pisnitas siempre la estaba vigilando y con ese monstruo de por medio, nadie que no fuera el abuelo tenía prohibida la entrada. Pero habían llevado a Pisnitas a una protectora... así que decidí entrar. La habitación no tenía nada de especial... hasta que me fijé en una foto. Era de una niña con dos trenzas y una maleta, y la foto era muy antigua, pues era en blanco y negro. Saqué la foto del marco y me la guardé en el bolsillo. Había algo que la hacía especial. Creo que la había visto antes. Pero no sabía de qué me sonaba. Regresé al salón donde encontré sentada a mamá.

-¿Te llevas algo? De recuerdos... -dijo.

Negué con la cabeza. Sentí la foto en mi bolsillo.

-Voy a casa -dije. Tenía que saber cuanto antes de que me sonaba la foto.

Mamá asintió.

-Yo me quedo aquí -me tendió las llaves.

Y fui a casa.

Busqué y busqué... Pero no encontré nada. No tenía nada que hacer en casa, y no quería volver con mamá.

Así que decidí ir al museo. Allí voy siempre que estoy triste o aburrida. Me encanta ver las fotos antiguas, tan antiguas y respetables...

Cuando entré el guardia levantó la cabeza, pero la bajó al ver que era yo. Sabía que yo no era peli-grosa. Pagué los cinco euros de entrada y comencé mi entretenida y acostumbrada visita por el museo.

Ya estaba a punto de salir cuando la vi. Ahí estaba la niña de las trenzas. Saqué la foto de mi bolsillo. Era ella. Idéntica. Al lado de la foto vi unas palabras: 1928-1936. María Vasco. Deduje que había muerto

en la guerra... pero... yo... me llamaba igual. Y te-

níamos el mismo apellido. Materno, por parte de abuelo. Todo empezó a dar vueltas... ¿era la her-

mana de mi abuelo? ¿si es así, por qué nunca hablé de ella? ¿Por el dolor que le produjo su muerte?

No. No importaba. Yo la honraría. Haría todo lo que ella no pudo hacer... Por qué, ¿qué hay

más lindo que una vida?

